

IRIS. 12 copias



La llegada de los españoles a México

DAVID BRADING

ORBE INDIANO

De la monarquía católica a la República criolla
1492-1867

Traducción de
JUAN JOSÉ UTRILLA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1991
Primera edición en español, 1991

A

CELIA WU

Título original:
The First America: the Spanish monarchy, Creole patriots and the Liberal state, 1492-1867.
© 1991, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra.
ISBN 0-521-39130-X

D.R. © 1991, FONDO DE CULTURA ECONOMICA, S. A. DE C. V.
Av. de la Universidad 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-3657-0

Impreso en México

XX. PATRIOTAS JESUITAS

LA RESPUESTA americana al ataque de los filósofos al Nuevo Mundo expresó a la vez indignación e incredulidad de que semejantes "buffonerías" tuvieran crédito público en una Europa que se enorgullecía de sus recientes avances en las artes y las ciencias. En un banquete, en París, Thomas Jefferson y Benjamin Franklin hicieron mofa del abate Raynal, "un simple enano", por afirmar que los europeos degeneraban en América, haciendo notar que todos los americanos allí presentes eran más altos que sus anfitriones franceses. Sin embargo, en sus *Notes on Virginia* (1784), Jefferson se tomó el trabajo de compilar listas de las especies americanas, con objeto de mostrar que los cuadrúpedos eran tan grandes y numerosos como sus análogos europeos. Además, pudo citar los huesos recién descubiertos de un mamut como prueba definitiva de la vitalidad de la fauna americana. Asimismo, disintió totalmente de la opinión de Ulloa de que los indios eran cobardes, y los describió como "valerosos, resistentes, amantes de la libertad, afectuosos y elocuentes". Como correspondía al ciudadano de una nueva república, mostró las figuras de Washington y Franklin como señal de que los americanos pronto podrían equipararse con sus antecesores británicos; declaró que el aumento de población era promesa de un gran futuro, y concluyó diciendo que el Sol había empezado a ponerse sobre la gloria de Inglaterra.¹

En cuanto a los hispanoamericanos, aún sometidos a la dinastía de los Borbones, el ataque de la Ilustración resultó tanto más doloroso, pues su combinación de determinismo climático y de escepticismo histórico hería su tradición patriótica en cada punto. En su *Historia del reino de Quito* (1789), el jesuita ecuatoriano exiliado Juan de Velasco lanzó un enconado ataque contra "una moderna secta de filósofos antiamericanos" y "los quiméricos sistemas de los señores Pauw, Raynal, Marmontel, Buffon y Robertson". Mostrando la gran diferencia de climas entre las mesetas de los Andes y las bajas selvas tropicales de Amazonia, compiló extensas listas de especies animales, observando que había al menos 30 especies distintas de monos en su país. Las dimensiones y fuerza de las especies, americanas y europeas, variaban según las provincias, por lo que era imposible generalizar acerca de todo el reino, ya no digamos de toda América. En cuanto a los indios, negó el efecto del clima sobre su carácter moral, observando que en cada clima podían encontrarse bien y mal. Los naturales de las mesetas eran saludables y laboriosos. Si a menudo eran ignorantes y carecían de ideas, era porque no tenían

¹ Thomas Jefferson, *The Writings*, Library of America (Nueva York, 1984), pp. 169-182, 184-189, 190-192, 800-801; Gerbi, *Dispute of New World*, pp. 242-243.

acceso a la educación. Si no había escuelas para ellos, ¿cómo podían llegar a sacerdotes, o mejorarse a sí mismos? Como estaban las cosas, eran expertos músicos, pintores, escultores y arquitectos. En realidad, podía citar casos de indios que estaban más que calificados para el quehacer en la universidad, si las autoridades les dieran admisión. Su lenguaje tenía palabras más que suficientes para expresar todos los conceptos abstractos de la teología cristiana. Si los viajeros creían que los indios eran monos insensibles, a menudo se debía a que los naturales sospechaban que los extranjeros estaban tratando de aprender sus secretos. En Quito era bien sabido que un indio interrogado por un académico francés había vuelto jubiloso a su lugar, asegurando a sus amigos que no había dicho a su interrogador nada digno de conocerse.²

En su defensa de los incas, Velasco notó que, aunque Raynal ciertamente había elogiado sus leyes benévolas y su preocupación por el bienestar de sus súbditos, había declarado que sus famosos puentes, caminos y fortalezas eran simples fábulas. Tal era la tendencia antirreligiosa del *philosophe* francés que no había mencionado siquiera que los incas adoraban a Pachacamac como Creador del Mundo y creían en la inmortalidad del alma. Su racional forma de gobierno era impuesta mediante severos castigos. En cuanto al juicioso resumen de Robertson, donde el escocés elogiaba a la vez las leyes y los monumentos de los incas pero citaba su falta de escritura, de comercio y de propiedad privada como señales de insuficiencia de una verdadera civilización, Velasco insistió en la existencia de escuelas para poetas, historiadores y filósofos. ¿Qué necesidad había de comercio o de propiedad si el Imperio estaba organizado como si fuese una gran familia, sometidos todos a la autoridad paternal del Inca? Además, el Imperio poseía más de 20 ciudades, y los restos de sus fortalezas y palacios podían verse en cada provincia de los Andes. ¿Quién podía dudar, escribiesen lo que escribiesen Pauw, Raynal y Robertson, de que los peruanos eran un pueblo "cultivado y civilizado de muchos siglos"? En apoyo de su crítica, Velasco se limitó a invocar la autoridad de Garcilaso de la Vega, Pedro Cieza de León y José de Acosta, corroborada tan sólo por el testimonio de sus propios ojos.³

Un enfoque más judicial fue adoptado por Juan Ignacio Molina (1740-1829), jesuita exiliado de Chile, quien en la *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile* (1782-1787), simplemente rechazó la obra de Pauw como "más un romance que una disquisición filosófica", que tenía tanto que ver con América como con la Luna. ¿No estaban de acuerdo todos los viajeros en que Chile poseía un clima templado y un suelo fértil, condiciones que habían ofrecido un medio propicio para el ganado europeo? Indicaba los problemas de nomenclatura al tratar de las especies de América y anexaba una lista detallada, dispuesta según el sistema de clasificación de Linneo, y puesta en latín. Por lo demás, arguyó que si sólo recientemente había aumentado en Chile la población española, ello se debía a las continuas guerras en las fronteras y al monopolio del comercio ejercido por los mercaderes de Lima. Sin embargo, el principal hincapié de su obra era en los araucanos, que una

² Velasco, *Historia* (1946), I, 14-15, 109, 120-128, 247-256.

³ *Ibid.*, I, 271-295.

vez más aparecen en la familiar manera de Tácito como nación de guerreros intrépidos, resistentes y amantes de la libertad. Tal vez el único avance sobre Ercilla fuese la invocación de las cuatro etapas de subsistencia, de Robertson, que permitían a Molina catalogar a los araucanos como bárbaros, es decir, muy por encima del salvajismo, pero por debajo de la "sociedad civil", juicio basado en su dependencia de la agricultura, su derecho de propiedad claramente definido y su sistema de jefes. Adoraban a un "ser supremo" pero también tenían todo un panteón de deidades menores y se comunicaban con los espíritus por medio de sus chamanes y por sueños. Una nota contemporánea suena cuando Molina compara a sus poetas con los bardos celtas descritos por Osián. Por lo demás, las perpetuas guerras entre españoles y araucanos ocupan gran lugar. Lautaro y Caupolicán son celebrados una vez más por su valor; su lucha por la independencia inició un conflicto que aún seguía vivo, bien entrado el siglo XVIII. De hecho, Molina aprovechó la oportunidad que le daba la curiosidad de los europeos por América, despertada en parte por la polémica de Pauw, para ofrecer una descripción geográfica de su país y contar, nuevamente, su épica historia.⁴ Pocos países de la América española fueron tan dominados por un solo texto primordial como Chile por *La araucana*.

Un rasgo notable de la respuesta criolla fue el hecho sorprendente de que ningún jesuita peruano o intelectual limeño entrara en el debate por América. De hecho, en el *Mercurio Peruano*, revista publicada en Lima durante el decenio de 1790, en un análisis de la población india se citaba "este radical defecto del clima... que en el Nuevo Mundo impide la multiplicación de la especie humana..."⁵ Sólo en 1806, Hipólito Unanue (1755-1833), distinguido médico y consejero de virreyes, publicó sus *Observaciones sobre el clima de Lima* (1806) en que rechazó "la espantosa pintura" de América presentada por "filósofos extranjeros", e insistía en la necesidad de una observación minuciosa. Con este fin, ofrecía diarias lecturas meteorológicas de la temperatura de la capital, durante dos años, como muestra. Asimismo, presentó la medición exacta de una típica llama. Como podía esperarse, ofreció un valioso catálogo de las enfermedades que azotaban a los habitantes de Lima. Más generalmente, afirmó que "los europeos, que hoy triunfan en las otras partes del globo, no menos por la energía de sus plumas que por la fuerza de sus armas victoriosas, se han erigido en tribunal y sentenciado a su favor". Es decir, los europeos se consideraban como la más inteligente y bella de las razas, relegando al resto de la humanidad a una posesión inferior. Y sin embargo, lo advertía Unanue, cualquier consideración de la historia nos recordaría que la civilización comenzó en el Medio Oriente y que los árabes tuvieron prósperas ciudades cuando Europa languidecía aún en la barbarie. Pero aunque Unanue indicara el carácter benigno del clima y la tierra de Lima, también reconocía que "la pereza sea un vicio inherente a los moradores

⁴ Juan Ignacio Molina, *The Geographical, Natural and Civil History of Chile*, 2 vols. (Londres, 1809), I, xvi-xvii, 30-31, 273; II, 19-25, 55-58, 81, 104, 168; Cerbi, *Dispute of the New World*, pp. 212-216.

⁵ *Mercurio Peruano*, 31 (12 de abril de 1791), p. 282.

de estos climas". Además, la melancolía que afectaba a los indios y criollos del Perú también se derivaba de su clima. Aunque Unanue condicionara estos reconocimientos insistiendo en que con educación y disciplina el hombre "es capaz de todo", cualquiera que sea el clima, siguió sugiriendo que el clima de la zona tórrida favorecía la imaginación más que otras facultades del espíritu: influencia claramente demostrada en el talento de los indios para la música y la pintura. De ahí se seguía que los niños de Lima debían ser más alentados a desarrollar su interés natural en las artes y la literatura que obligados a soportar lo árido del cálculo matemático.⁶

En Europa, la defensa de los incas quedó en manos de un conde italiano, Gian Rinaldi Carli, quien en sus *Cartas americanas* (1780) se basó en Garcilaso para pintar a los monarcas peruanos como exponentes de una utopía social de que la Europa de su época podía aprender más de una lección. En vena más original, Carli comparó audazmente a los conquistadores españoles con los filósofos del norte de Europa, pues ambos grupos estaban unidos en su desprecio a los indios. En realidad, se preguntó irónicamente si "por medio de alguna metempsicosis extravagante" el alma de Valverde había resucitado en Pauw.⁷ Si los jesuitas peruanos no entraron en el debate por América, por contraste sus hermanos mexicanos se mostraron más activos, pues los jesuitas expulsados de la Nueva España constituían una pléyade de talento y de sus plumas pronto corrió todo un corpus de obras históricas, literarias y teológicas, gran parte de ellas inspiradas por fines patrióticos. Sin embargo, en su mayor parte, sus escritos no fueron publicados y sólo lentamente llegaron a dominio público después de la independencia. En 1804, Pedro Márquez logró hacer en italiano una descripción de la pirámide del Tajín y un relato de una expedición a las ruinas de Xochicalco: las placas y los textos ofrecían prueba material de la habilidad de los indios en materias de astronomía, escultura y arquitectura, artes que manifiestamente refutaban las calumnias de Pauw y de Robertson y demostraban que los indios mexicanos eran "una nación civilizada".⁸ No obstante, el valor de estos artículos sólo sirvió para confirmar la imagen del Anáhuac presentada en forma magistral en la más reciente historia de México.

II

"Para servir del mejor modo posible a mi patria, para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos": tal fue el propósito declarado que impulsó a Francisco Javier Clavijero (1731-1787), jesuita mexicano exiliado en Italia, a componer su *Historia antigua de México* (1780-1781), traduciendo pacientemente su obra al italiano para asegurar su

⁶ Hipólito Unanue, *Obras científicas y literarias*, 3 vols., facsímil de la edición de 1914 (Lima, 1975), I, 39, 67-68, 73-75, 79, 174.

⁷ Gerbi, *Dispute of the New World*, pp. 233-239.

⁸ Pedro José Márquez, *Sobre lo bello en general y dos monumentos de arquitectura mexicana, Tajín y Xochicalco*, ed. Justino Fernández (México, 1972), pp. 132-133, 152-153.

publicación. Era, confesaba, "una historia de México escrita por un mexicano", expresamente destinada a refutar las calumnias de Pauw, Buffon, Raynal y Robertson, cuyas obras rechazaba como típicas de "un siglo en que se han publicado más errores que en todos los siglos pasados, en que se escribe con libertad, se miente con desvergüenza, y no es apreciado el que no es filósofo, ni se reputa tal que no se burla de la religión y toma el lenguaje de la impiedad". Sin embargo, su indignada reacción no brotó de un simple oscurantismo, pues siendo joven, Clavijero había admirado grandemente los escritos de Feijoo y de Fontenelle. En realidad, su generación de catedráticos jesuitas había aspirado a renovar la enseñanza de la filosofía en la provincia mexicana incorporando en sus cursos los descubrimientos de la ciencia moderna. Aunque obligados por el decreto de su orden de respetar la autoridad de Aristóteles, habían tratado de descartar las "fútiles bagatelas" de la disputa escolástica.⁹ Tanto como sus adversarios jansenistas, estos jesuitas de mediados del siglo XVIII fueron, así, profundamente influidos por la revolución de las ciencias, la historia y la filosofía en que se había inspirado la Ilustración. En efecto, Clavijero rechazó la cultura del barroco y volvió a plantear la visión criolla del pasado mexicano en un estilo y desde una perspectiva intelectual que, esperaba él, serían aceptables para la Europa contemporánea.

Como prueba de deferencia al gusto prevaleciente, Clavijero antepuso a su relato una descripción geográfica de México, distinguiendo claramente las costas tropicales y el clima más moderado de la meseta central. Pese a un homenaje a la posición de Buffon como naturalista, añadió dos disertaciones en que rotundamente atacó toda la tesis buffoniana de lo excepcional de la naturaleza americana. Alerta a sus antecedentes históricos, observaba que Acosta fue el primero en comentar la superabundancia de agua en el Nuevo Mundo, y Herrera el que se fijó en la escasez de especies animales. De hecho, había pocos testimonios en apoyo de su argumento, como no fuera la incidencia de fuertes lluvias de temporada. ¿Qué lago de América era más grande que el mar Caspio? Asimismo, el bisonte americano, los osos y lobos eran tan grandes como sus primos del Viejo Mundo. ¿Por qué se consideraba tan significativo el simple tamaño de los animales? El elefante, tan admirado por Buffon, era sin duda un feo animal, con miembros desproporcionados. En realidad, si el tamaño sería la norma de la madurez, entonces África estaba muy por encima de Europa, a la que, por tanto, había que definir como infantil y degenerada. Tampoco era cierto que el ganado europeo degenerara en América, pues en México había vastos números de grandes y saludables bueyes, caballos y ovejas. Aun Acosta, que "no era parcial de América ni tenía interés en engrandecerla", había reconocido que el clima mexicano era notablemente benigno, y fértil la tierra. No contento con estas observaciones, por turnos satíricas y de sentido común, Clavijero también citó la *Historia*

⁹ Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, ed. Mariano Cuevas (México, 1964), pp. xviii, xxi, 422; Charles E. Ronan, *Francisco Javier Clavijero S.J. (1731-1787). Figure of the Mexican Enlightenment. His Life and Works* (Roma, 1977), pp. 16-28, 60-76; Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México* (2a. ed., México, 1979), pp. 93-126.

natural del "Plinio de la Nueva España", Francisco Hernández (1517-1587), físico y botánico español que había pasado varios años en México reuniendo material para su gran obra, que fue publicada en latín en el siglo xvii. Basándose en sus esfuerzos, Clavijero presentó numerosas adiciones de la lista de la flora y la fauna mexicanas compilada por Buffon, ofreciendo así un poderoso recordatorio de la simple riqueza de la tradición cultural española, por entonces tan condenada en el norte de Europa.¹⁰

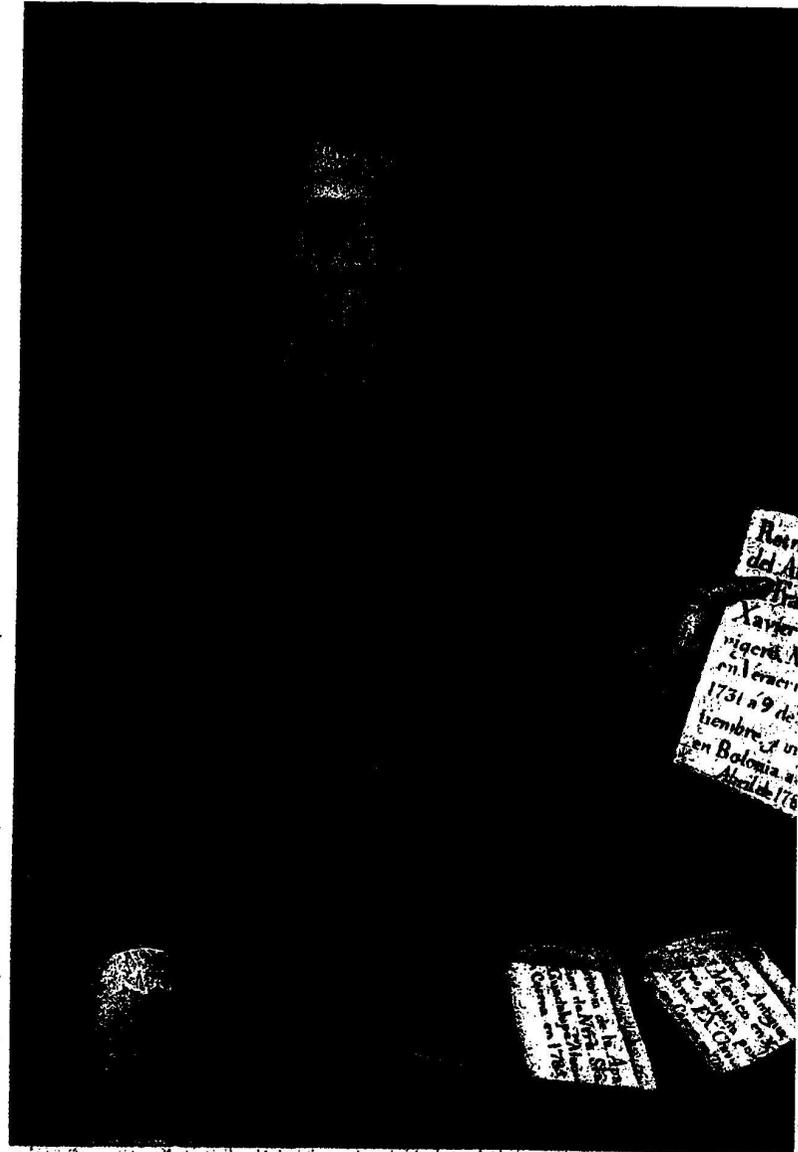
Entre los problemas que más desconcertaban a los católicos ortodoxos estaba el de cómo conectar el relato bíblico de Noé y el Diluvio con la aparición de la humanidad y de los animales en el Nuevo Mundo, problema acentuado por la aceptación común de un periodo de 6 000 años para toda la historia universal. Según Clavijero, el hecho de que muchos pueblos indios de México y de Guatemala conservaran mitos de una inundación y de su migración desde el norte sugería que Acosta había tenido razón al suponer que los indios habían pasado de Asia, en la vecindad de los estrechos de Bering. Pero no menos le impresionó la hipótesis, que se encontraba en Feijoo y en Buffon, de que la masa de la Tierra bien podía haber pasado por severas dislocaciones causadas por "revoluciones" naturales. Era probable que la América del Norte hubiese estado unida a Asia y Europa. Así también, su contorno mismo sugería que Brasil y África podían haber estado unidos.¹¹ Si tal era el caso, entonces no había una verdadera dificultad para imaginar la lenta migración de hombres y bestias desde el arca de Noé y la torre de Babel, a través de las Américas.

Desde este modo, si se mostraba que la tesis buffoniana tenía un débil fundamento en la ciencia natural, ¿cómo redimir al indio americano de la acusación de que era un bruto débil e insensible? Era bastante fácil rechazar los indecentes absurdos de Pauw, cuya obra denunció Clavijero como "una sentina o albañal". Pero, ¿cómo refutar el testimonio de La Condamine y de Ulloa, especialmente cuando muchas de sus calumnias también se encontraban en Gómara y en Herrera? Para empezar, Clavijero siguió a Garcilaso de la Vega, distinguiendo marcadamente entre los naturales de México y del Perú y los muchos pueblos americanos que eran "incultos, bárbaros y bestiales". Después de todo, él mismo describió a los naturales de la Baja California como simples salvajes, "perezosos por falta de estímulo, inconstantes, precipitados en sus resoluciones y muy inclinados a los juegos y diversiones pueriles por falta de freno". Tribus como los iroqueses y los caribes eran animadas por simple capricho, carecían de gobierno, de ley, de las artes y no tenían ninguna idea del Ser Supremo. ¿Cómo comprender las avanzadas sociedades de los mexicanos si se les comparaba con esos salvajes? El origen de tales calumnias podía remitirse a los conquistadores, cuyo egoísta interés les había hecho denigrar los talentos de los indios en una campaña que había atraído la inmediata condenación de Las Casas y de otros misioneros.¹²

¹⁰ Clavijero, *Historia*, pp. 11, 25, 455-472, 478-493.

¹¹ *Ibid.*, pp. 34-41.

¹² *Ibid.*, pp. 201, 423, 525; Francisco Javier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, ed. Miguel León-Portilla (México, 1970), pp. 52-53.



Francisco Javier Clavijero, por F. C. Giopanni

Como respuesta a los desdenes de sus contemporáneos, Clavijero informó a sus lectores que, aunque él fuese criollo nacido en Veracruz de padres españoles, había tratado con indios desde su niñez y siendo jesuita había enseñado a los indios en el colegio de San Gregorio, de la ciudad de México. Solemnemente declaró que había conocido a muchos indios, a sus propios pupilos entre ellos, que se habían graduado con honores en el colegio y la universidad, y que varios de ellos eran ahora curas párrocos. Habían demostrado ser capaces de aprender todas las ciencias. Estas afirmaciones adquirieron nueva fuerza por la manera moderada y cuidadosamente objetiva en que Clavijero describía el carácter de los indios mexicanos, pues aunque elogiara su generosidad, fidelidad y piedad, también reconocía su afición a la embriaguez y que eran desconfiados. Sin embargo, en último análisis, sus almas eran muy parecidas a las de todos los hombres, dominadas por el mismo equilibrio del bien y del mal. En cuanto a su constitución física, ¿cómo se les podía describir como débiles cuando todo el país dependía de su trabajo? El propio Ulloa, que era "poco favorable a los indios", había dado testimonio de su general fuerza y salud. Al mismo tiempo, Clavijero reconocía que el grueso de la población india de México estaba hundida en la miseria y la privación. Con la educación, ciertamente mejoraría, pero, ¿cómo superar los obstáculos creados por la pobreza y la explotación? Era evidente que los indios contemporáneos ya no tenían el fuego, el sentido del honor y el intrépido valor de sus antepasados previos a la conquista. Pero luego, preguntaba Clavijero, ¿quién reconocería en los griegos contemporáneos que gemían bajo el yugo de los turcos otomanos, a los descendientes de Platón y de Pericles? Fue esta poderosa comparación, implícita, entre españoles y turcos, la que impidió la publicación de su obra en español hasta después de alcanzada la independencia.¹³

Desde el relato de viaje de La Condamine, había sido lugar común entre los historiadores europeos de América que las lenguas indias carecían de palabras para expresar ideas generales y cantidades matemáticas. Fue ésta una aseveración a la que Clavijero respondió basándose en su dominio del náhuatl, lenguaje para el que había compilado una breve gramática y vocabulario, para ofrecer toda una lista de términos empleados en la expresión de conceptos metafísicos morales como los de eternidad, alma, prudencia y justicia. Como lo mostraba el ejemplo de los primeros misioneros, no había dificultad para traducir ningún pasaje de la Biblia a la lengua mexicana. En realidad, anexó un catálogo de autores que habían publicado vocabularios, gramáticas y libros de devoción en lenguas indígenas. En cuanto a los términos que denotan las cantidades matemáticas, era posible en náhuatl hacer cálculos que llegaran a millones. Sólo en un aspecto reconoció Clavijero una deficiencia: el náhuatl clásico no tenía un equivalente de conceptos filosóficos griegos como materia, sustancia y accidente. Pero tal era una deficiencia que Cicerón

¹³ Clavijero, *Historia*, pp. 45-47, 503-510, 517-519.

también había encontrado en el latín, y las lenguas europeas modernas simplemente habían tomado tales términos del griego y el latín. Por lo demás, Clavijero insistió en que el "mexicano" era, sin duda, un lenguaje tan eufónico como el alemán o el polaco.¹⁴

Disipar las calumnias de viajeros mal informados o de filósofos malévolos era tarea relativamente fácil, comparada con el desafío de responder al escepticismo histórico de Robertson, pues el escocés había insistido en que la destrucción de los códices indígenas, causada por los primeros misioneros, combinada al carácter ambiguo y frecuentemente indescifrable de los pocos códices que se conservaban, había determinado que la fuente primaria de toda historia del antiguo México fueran los materiales encontrados, dispersos, en las crónicas españolas. Además, mientras que Robertson citaba a Herrera, Gómara y Acosta con aprobación, expresamente decía que la ulterior contribución de Torquemada había sido una simple falsificación. A consecuencia de esta preferencia, había iniciado su relato con la llegada de los mexicas, relegando a los toltecas a las sombras impenetrables del pasado. Ésta era, pues, la tarea de Clavijero: tenía que reivindicar la tradición mexicana de investigación del pasado indígena ante el replanteamiento aparentemente autoritario y a menudo crítico de la perspectiva de la escuela imperial. Pero mientras que Torquemada se había basado en los manuscritos franciscanos, en la *Apologética* de Las Casas y en los códices que había estudiado con Ixtlilxóchitl, ¿qué fuentes de que hasta entonces no hubiesen dispuesto los historiadores europeos podía citar un jesuita del siglo XVIII para refutar el estudio desdén de Robertson?

Para empezar, Clavijero tomó una página del propio libro de Robertson y puso un prólogo a su narrativa, con una bibliografía anotada en que declaró que Herrera no era más que un simple compendio de Gómara y de Acosta; observó los frecuentes errores de Gómara, advirtió que Acosta dependía de su fuente, el jesuita Juan de Tovar, y declaró que lo de Solís era más panegírico que historia. Por contraste, enumeró a los primeros autores franciscanos, elogió la historia de Sahagún como "esta obra, de inmensa erudición y fatiga"; citó las contribuciones de Sigüenza y Góngora; y se basó en la obra de Gemelli Careri y de Boturini, aunque rechazando el "sistema de historia" de este último, por considerar que "era demasiado magnífico, y por lo mismo algún tanto fantástico". De mayor importancia, Clavijero mencionó a varios historiadores indios y mestizos del siglo XVI, incluyendo a Ixtlilxóchitl, cuyos manuscritos había estudiado en las bibliotecas de los jesuitas. En particular, llamó la atención a las dos colecciones de códices y manuscritos indios formadas respectivamente por Sigüenza y Boturini, que se conservaban en el colegio jesuita de San Pedro y San Pablo y en el archivo virreinal, donde los había consultado. Fragmentos de estas colecciones habían sido publicadas por Gemelli Careri y por el arzobispo Lorenzana en su edición de las Cartas de Cortés. En Europa también podían encontrarse códices indígenas en Oxford, Viena y el Vaticano.¹⁵

¹⁴ *Ibid.*, pp. 239-243, 525, 542-547.

¹⁵ *Ibid.*, pp. xxv-xxxvii.

El propósito de esta labor bibliográfica era eminentemente patriótico: estaba destinada a demostrar la existencia de las fuentes indias de la historia mexicana. Tanto en su historia como en las disertaciones anexas, Clavijero se tomó trabajo para afirmar la veracidad, el refinamiento y la variedad de las "pinturas" indias. No eran simples representaciones de cosas y de hechos. En cambio, los códices cubrían una gran variedad de temas, desde esquemas topográficos de linderos políticos hasta complicados anales históricos. Sólo se les podía definir como forma de escritura simbólica, cuya interpretación se enseñaba cuidadosamente a los jóvenes sacerdotes y encargados de guardar los registros, por medio de canciones y de otros recursos nemotécnicos. Para el historiador, los documentos más reveladores eran las elaboradas ruedas calendáricas, pues a menudo indicaban los ritos mensuales y el paso de los años. Tales cosas sólo podían haber sido hechas por "una nación cultísima" y demostraban un extenso conocimiento de la astronomía y las matemáticas. Y precisamente a partir de tales materiales podía reconstruirse la historia indígena. Además, tras la destrucción inicial, misioneros como Olmos, Motolinía y Sahagún habían colaborado con la élite india para remplazar lo que se había perdido, especialmente en el terreno del cómputo calendárico y los análisis históricos.¹⁶ Había pues, aquí, un planteamiento impresionante y persuasivo de la tesis del criollo franciscano sobre lo fidedigno de los registros indígenas, fuentes en las que se había basado el primer volumen de la *Monarquía indiana* de Torquemada.

Para Clavijero la dificultad era que, aunque hubiese estudiado bien los códices indios y los manuscritos de México, en Italia carecía por completo de acceso a ellos. Sea como fuere, no es claro que poseyera sino el más rudimentario conocimiento de cómo interpretar estos documentos, frecuentemente indescifrables. En su dedicatoria a la Universidad de México, lamentó abiertamente la ausencia de todo profesor de antigüedades entre los miembros del profesorado y reconoció que "no hay actualmente quien entienda las pinturas mexicanas". Tampoco podía basarse en los cómputos calendáricos de Sigüenza, Böturini y Veytia pues éstos seguían languideciendo en forma manuscrita. La simple lista de autores indios y criollos que compiló fue tomada de catálogos de Boturini y de Eguiará y Eguren. En efecto, cuando Clavijero se sentó en Italia a escribir su *Historia antigua*, tuvo que depender de una gran fuente: la *Monarquía indiana*, de Torquemada, que estaba a su alcance en su edición del siglo xviii. Y sin embargo, en la bibliografía criticó acrememente a su gran predecesor, observando que a pesar de su diligencia, su conocimiento del náhuatl y su estudio de los códices, el franciscano carecía de gusto y de agudeza crítica, incurria en burdas contradicciones, especialmente en cuestión de cronología, y fatigaba al lector con su erudición superflua. Decía de la crónica que "habiéndose en ella cosas muy apreciables que en vano se buscarían en otros autores, me vi precisado a hacer de esta historia lo que Virgilio con la de Ennio, buscar las piedras

¹⁶ *Ibid.*, pp. xxxv-xxxvii, 193-194, 248, 531-536.

preciosas entre el estiércol"¹⁷ No se necesita un análisis freudiano para percibir en estas duras palabras la repugnancia de un autor que se había lanzado a la angustiosa tarea de reescribir el texto canónico de su tradición intelectual.

Aunque el sucesor de Herrera como historiógrafo y principal cronista de las Indias, Juan Bautista Muñoz, confiadamente describía la *Historia antigua de México* como poco más que "un ordenado compendio de Torquemada", era una obra mucho más sutil y audaz. Para empezar, Clavijero trató de liberar al Anáhuac del reino de las tinieblas. Acosta y Torquemada habían pintado a los mexicas en su viaje a través de los desiertos del norte, conducidos por el Diablo mismo, quien los había engañado mediante falsas oraciones y después había establecido su culto en las múltiples deidades y ritos de su Imperio. Sin ambages, Clavijero criticó a estos historiadores por su ingenuidad al convertir a Satanás en un personaje histórico, arguyendo que el Todopoderoso tenía demasiado respeto a su creación para permitir al Demonio semejante libertad de acción. La práctica de la idolatría se derivaba de los temores y la ignorancia de los hombres y de los engaños y la superstición de los sacerdotes paganos. La ventaja de semejante opinión es que le permitió ofrecer un relato naturalista de la religión indígena, describiendo en cierto detalle su confusa noción de un Ser Supremo, su panteón de dioses, el colegio de sacerdotes, la grandeza del templo de Tenochtitlan con sus sangrientos ritos, y la austeridad de la moral india. No que paliara la realidad del sacrificio humano, pues calculaba que unas 20 000 personas eran ofrendadas a los dioses cada año en ceremonias que hacían de los sacerdotes objetos de "repugnancia y horror". En efecto, Clavijero liberó al Anáhuac de una interpretación agustiniana de la religión indígena, aun si decidió citar *La Ciudad de Dios* hablando de la obscenidad y de los mitos pueriles de la religión griega y romana, y audazmente concluía que si la religión mexicana era más cruel, en cambio era "menos supersticiosa, menos indecente, menos pueril y menos irracional..." que su equivalente clásico.¹⁸

En su narración histórica, Clavijero limpió el texto de la masa de alusiones clásicas y bíblicas que Torquemada había intercalado, y ofreció una clara cronología. En efecto, comenzó la historia mexicana con la aparición de los toltecas en el año 544, cuya monarquía había durado hasta 1051. Recién llegados al Anáhuac, fundaron ciudades, cultivaron el maíz y después fueron célebres por la perfección de sus artes y de su calendario, que legaron a sus sucesores. No practicaron los sacrificios humanos y construyeron las grandes pirámides de Cholula y de Teotihuacan. Después, Clavijero describió la llegada de los chichimecas y el ascenso de los mexicas al Imperio, ofreciendo fechas exactas para cada rey desde la fundación de la monarquía hasta 1519.

¹⁷ *Ibid.*, pp. xvii, xxx; Ronan, *Clavijero*, pp. 188-189; Julio Le Reverend Brusone, "La historia antigua de México del Padre Francisco Javier Clavijero", en Díaz Thomé, *Estudios de Historiografía*, pp. 293-323.

¹⁸ Clavijero, *Historia*, pp. 86, 159-193, 571-579, 93-126; para la crítica de Muñoz, véase Ronan, *Clavijero*, pp. 164-165; también Frank E. Manuel, *The Eighteenth Century Confronts the Gods* (Harvard, 1959), pp. 42-44, 103-108.

En su descripción de la "constitución" mexicana, se centró en elementos como la elección y la coronación de los reyes, los grados de la nobleza las formas de la guerra, la actividad de tribunales y magistrados, la práctica de la agricultura y el comercio, la institución de la propiedad tanto privada como comunal, y el desarrollo de la poesía, la oratoria y el teatro. En sus disertaciones, se exployó sobre el uso del cacao a la vez como moneda y como norma de valor; mencionó las leyes que gobernaban las relaciones entre los Estados y reconoció que el segundo Moctezuma había ejercido una autoridad despótica, aunque de una calidad totalmente distinta de los monarcas orientales que privaban a sus súbditos de sus tierras. Sobre la fundamental cuestión de la población, citó a Cortés y a Bernal Díaz al hablar de las dimensiones y el número de las ciudades del valle central, afirmando que Tenochtitlan poseía al menos 60 000 casas. En los puntos clave de su texto Clavijero introdujo discretamente comparaciones clásicas, observando que la hazaña de un bravo guerrero era "una acción memorable de fidelidad a su soberano, que celebrarían justamente los historiadores y poetas, si el héroe en vez de americano fuese romano o griego". Asimismo, citando la descripción de Acosta de un drama representado en Cholula, exclamó que ofrecía "una viva imagen de las primeras escenas de los griegos". Estas alusiones neoclásicas a veces eran compensadas por la introducción de la nomenclatura española de la época: recurso ya utilizado, y en exceso, por Solís. De este modo, el servidor del rey responsable de abastecer el palacio era llamado "intendente general de la Real Hacienda". Sin embargo, la prueba más convincente de que "el imperio de la razón" no estaba limitado a Europa consistía en los coloquios en que los padres exhortaban a sus hijos a apearse a los dictados de la moral.¹⁹ El modo de educación de los jóvenes era la señal más segura de la cultura de un pueblo, y estos coloquios revelaban, sin duda, un alto nivel.

La prueba definitiva de la civilización del Anáhuac era la carrera y filosofía de Nezahualcōyōtl, monarca a quien Torquemada e Ixtlilxōchitl habían comparado una vez con el rey David. Clavijero comentaba que el rey no sólo había instituido consejos de guerra, de justicia y de tesorería, sino que también había formado "una especie de academia de poesía, de astronomía, de música, de pintura, de historia y del arte adivinatorio, y llamó a ella a los más hábiles profesores del reino". Todos los historiadores patriotas convenían en que el rey había adorado, en secreto, al Creador del Cielo, y había tratado en vano de suprimir los sacrificios humanos. Pero Clavijero también describió a Nezahualcōyōtl como dedicado naturalista, que se había procurado pinturas de animales y plantas lejanas: su colección había sido de ayuda, posteriormente, al doctor Hernández al formar su catálogo de la flora y de la fauna. En realidad, "investigaba curiosamente las causas de los efectos que admiraba en la naturaleza y esta continua consideración le hizo conocer la insubsistencia y falsedad de la idolatría". Comentando la concurrencia de poetas, oradores e historiadores en la corte del rey, y la sabiduría del

¹⁹ Clavijero, *Historia*, pp. 48-66, 203-206, 210-231, 241-243, 444, 553-554.

monarca al elaborar sus célebres leyes, concluía Clavijero: "Texcoco era, por decirlo así, la Atenas de Anáhuac, y Nezahualcōyōtl el Solón de aquellos pueblos."²⁰ El retrato de la civilización indígena desde la perspectiva del culto neoclásico de los grandes héroes y legisladores encuentra aquí su apropiada expresión.

Aunque Clavijero declarase que "la religión, la policía y la economía son las tres cosas que principalmente caracterizan una nación" y ocasionalmente citó *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu, no desarrolló ninguna conexión lógica entre los diversos elementos que presentó como prueba de la condición civilizada del reino mexicano. En efecto, apoyó su caso basándose en materiales reunidos inicialmente por Olmos y Motolinía, después aumentados y comprimidos en categorías lógicas por Las Casas y luego incrementados y finalmente publicados por Torquemada. En vez de invocar las normas explícitas de la Ilustración, Clavijero aplicó inconscientemente las normas aristotélicas de una auténtica ciudad, normas inicialmente desarrolladas por Las Casas en su *Apologética*. Insistir en su deuda intelectual no es pasar por alto la profunda diferencia de perspectivas, pues Las Casas había aplicado a los indios el esquema ciceroniano del ascenso del hombre, a partir de la caza y las cavernas hacia la agricultura y las ciudades, esquema que presuponia que los mexicas tenían unos antecedentes bárbaros en los nómadas chichimecas del norte. Tal era un esquema evolutivo que Torquemada presentó en un solo capítulo. Por contraste, Clavijero decidió comenzar la historia de México con la aparición de los toltecas, y rechazó todo intento de comparar a los mexicanos con las tribus del norte, quejándose de que aquellos que ciegamente fingen conocer a los mexicanos en sus descendientes o en las naciones de Canadá y Luisiana considerarán imaginario su sistema político y tildarán de mentiras inventadas por los españoles todo lo que diremos de sus luces, de sus leyes y de sus artes. Al mismo tiempo, se basó en la creencia, típica de la Ilustración, de la uniformidad de la civilización humana, para afirmar que "La policía que vieron los españoles en México, muy superior a la que hallaron los fenicios y cartagineses en nuestra España... debía bastar para que jamás se excitare semejante duda en un entendimiento humano, si no hubieran contribuido a promoverla ciertos intereses injuriosos a la humanidad". Clavijero concluía diciendo de los indios de México que "sus almas son en lo radical como las de los demás hombres... Sus entendimientos son capaces de todas las ciencias, como lo ha demostrado la experiencia".²¹

Habiendo roto audazmente toda conexión entre el Anáhuac y el salvajismo, también era imperativo liberar la civilización india de toda influencia ajena. Por consiguiente, Clavijero rechazó, de antemano, los variados mitos que habían obsesionado el espíritu de los criollos desde los tiempos de Ixtlilxōchitl. Las teorías de Gregorio García acerca de la migración transoceánica

²⁰ *Ibid.*, pp. 103-104, 113-114.

²¹ *Ibid.*, pp. 147, 525-526; cita 45, 201; Ronan, *Clavijero*, p. 214; John Leddy Phelan, "Neoztecism in the eighteenth century and the genesis of mexican nationalism", en Stanley Diamond (compiladores.), *Culture in History: Essays in Honour of Paul Radin* (Nueva York, 1960), pp. 764-770.

de pueblos históricos fueron rechazadas desdeñosamente como simple fantasía basada tan sólo en cierta supuesta similitud de costumbres. La misma objeción se hizo a la muy difundida identificación de los toltecas o de sus predecesores con los antiguos egipcios, teoría sostenida por Kircher, Sigüenza y Eguiara. Tal era una teoría que seguía atrayendo a Lorenzo Hervás, sabio jesuita español, quien en una carta a Clavijero le mostraba, a manera de prueba, la semejanza de las pirámides, los jeroglifos y los calendarios. Pero el mexicano negó rotundamente tales afirmaciones, arguyendo que los dos tipos de pirámides servían a diferentes propósitos y que sus sistemas calendáricos estaban basados en una diferente distribución de los meses y los días. Concluía diciendo: "No puedo persuadirme que los mexicanos los toltecas hayan sido deudores a algunas de las naciones del antiguo continente de su calendario y método de computar el tiempo." No menos importante es el absoluto rechazo de la identificación de Quetzalcóatl con el Apóstol Santo Tomás, que había sido propuesta por Sigüenza y Góngora y apoyada por Boturini.²² ¿Qué necesidad había de un Apóstol en un país que se había liberado de las garras de Satanás? En efecto, Clavijero insistía en la calidad autóctona de una civilización que él había establecido sobre fundamentos seculares.

Es prueba de la perenne ambigüedad del patriotismo criollo el que Clavijero hubiese adoptado una actitud decididamente tibia hacia Las Casas, comentando de sus escritos que "el demasiado fuego de su celo difundió luz con humo; esto es, lo verdadero mezclado con lo falso..." Aunque elogió la defensa que el gran dominico hiciera de la racionalidad de los indios, criticó su denuncia de las crueldades de los conquistadores, considerándola demasiado apasionada y excesiva. En particular, explícitamente negó la responsabilidad de Cortés por la matanza de Cholula, que Las Casas había censurado tan enérgicamente, y asimismo atribuyó la matanza organizada por Alvarado en Tenochtitlan a una conspiración de los tlaxcaltecas, citando en ambos casos, como autoridad, a Bernal Díaz. También aceptó la versión de la muerte de Moctezuma dada por los conquistadores, rechazando la acusación de Sahagún y de "los historiadores mexicanos" de que los españoles habían matado al rey. En este contexto, resulta fascinante señalar que Clavijero siguió a Solís, haciendo que Moctezuma atribuyera el origen de su Imperio a Quetzalcóatl, de modo que su pacífico reconocimiento de la autoridad de Carlos V como heredero de este héroe-deidad pudiese interpretarse como una auténtica *translatio imperii*. Si los españoles se hubiesen comportado mejor, la transición bien habría podido ocurrir sin derramamiento de sangre. El que Clavijero hubiese adoptado esta actitud imperial queda en claro en su reflexión del súbito aprisionamiento de Moctezuma: "Es preciso adorar en éste y otros sucesos de nuestra historia, los altísimos consejos de la Divina Providencia, que tomó a los españoles por instrumento de su justicia y de su misericordia para con aquellas naciones, castigando en unos la superstición y la crueldad, e iluminando a los demás con la luz del Evan-

²² Clavijero, *Historia*, pp. 151-152, 288-292, 428-437.

gelio."²³ La historia antigua terminaba súbitamente tras la tortura y muerte de Cuauhtémoc, con la melancólica reflexión de que "los mexicanos con todas las demás naciones que ayudaron a su ruina, quedaron, a pesar de las cristianas y prudentes leyes de los monarcas católicos, abandonados a la miseria, la opresión y el desprecio, no solamente de los españoles sino aun de los más viles esclavos africanos y de sus infames descendientes, vengando Dios a la miserable posteridad de aquellas naciones la crueldad, la injusticia y la superstición de sus mayores". Aunque en una disertación elogiara Clavijero a los primeros misioneros franciscanos, como "aquellos hombres inmortales", cuyo celo apostólico, amor a la pobreza y atención a los indios exigían ser recordados, en su historia no hizo ningún intento por describir las glorias de la conquista espiritual, y aún menos registró los progresos de la sociedad colonial.²⁴ Mientras que Torquemada había interpretado la conquista como acto providencial que señalaba el triunfo de Jerusalén sobre Babilonia, por contraste Clavijero rompió el nexo espiritual entre el Anáhuac y la Nueva España, ofreciendo poco más que una aceptación estoica de una vengativa Providencia.

El logro intelectual de Clavijero fue complejo, sutil y ambiguo. En un nivel, su obra logró defender el carácter contemporáneo y la posición histórica del pueblo mexicano; así, su patria quedó dotada con un pasado distinguido, por no decir glorioso. Asimismo, planteó una poderosa defensa de la tradición historiográfica de la Nueva España, con su privilegiado acceso a los manuscritos y códices indios. Al eliminar toda intervención sobrenatural, presentó una imagen persuasiva de la sociedad tolteco-mexica como civilización. Todo esto es obvio. Pero Clavijero también trató de replantear la tradición criolla, y al hacerlo quitó a Sigüenza y Góngora y a sus discípulos el sitio de honor. Remontándose más atrás, desafió abiertamente la autoridad de Torquemada y por último liberó al patriotismo criollo de la intolerable carga de la condenación agustiniana y del triunfalismo joaquinista. En efecto, rechazó la ideología del sabio barroco y del cronista franciscano. Pero sus omisiones fueron tan importantes como sus afirmaciones. Dentro de su alcance inmediato había dos esquemas distintos de desarrollo humano, que ya se habían aplicado al caso mexicano. Las Casas, Acosta y Robertson habían esbozado, todos ellos, un esquema evolutivo por el cual la humanidad ascendía lentamente desde la etapa primitiva de la caza y el merodeo, hasta unas sociedades avanzadas con ciudades, gobiernos y una religión formada. Por contraste, Boturini había presentado una versión del esquema de Vico, en que el hombre primitivo aparecía como robusto poeta, transmutado sus temores en poderosos mitos, etapa que había cedido ante la época de los héroes guerreros y, finalmente, ante la prosaica condición del hombre urbano. Clavijero no dio ningún empleo a estos esquemas. Rompió todos los vínculos entre los salvajes y los tolteco-mexica, que de este modo aparecían en el escenario histórico ya civilizados, exponentes de la virtud natural. Para

²³ *Ibid.*, pp. xxix, 325-327, 336-337, 344, 356, 362-363.

²⁴ *Ibid.*, pp. 418, 568.

explicar su origen citó la última alocución de Moisés a los hijos de Israel, alocución en que el profeta proclamaba que el Todopoderoso había distribuido las tierras del mundo entre las naciones y que, pese a sus muchas transgresiones y su idolatría, las tribus de Israel aún recibirían su herencia en la Tierra Prometida. Asimismo, los pueblos del Anáhuac habían partido de Babel en busca de las tierras que Noé les había asignado, vagabundeando lentamente a través de Asia en un viaje durante el cual conservaron un conocimiento indistinto del Ser Supremo y gran parte de la sabiduría natural de los primeros hombres.²⁵ Había aquí, pues, un designio providencial que inspiraba a Clavijero a rechazar todos los esquemas evolutivos del desarrollo humano en el México antiguo.

Ma
w /
uon
a(u)w

En última instancia, el lector queda impresionado por la similitud entre Clavijero y Garcilaso de la Vega. Ambos escribieron en la triste quietud de un exilio europeo, carentes de todo material histórico que no fuese la página impresa, y sin otro privilegio que el de su conocimiento de la lengua india. Su estilo juicioso y contenido, testimonio en sí mismo de las respectivas influencias del Renacimiento y la Ilustración, ocultaba la intensidad de su patriotismo. Su enemigo común era la tradición imperial de historiografía que comenzara con Oviedo, Sepúlveda y Gómara, llegara a un temprano clímax con Acosta y Herrera, sólo para ser resucitada y reafirmada por Pauw, Buffon y Robertson. Para establecer la imagen de los incas y aztecas como naciones civilizadas, siguieron a Las Casas, haciendo una comparación, aunque fuese moderada, con los griegos y los romanos. La sociedad y la religión indígenas fueron purgadas de toda asociación demoniaca, y puesta de relieve su virtud natural. Ninguno de los dos historiadores se preocupó mucho por las denuncias de Las Casas contra los conquistadores, prefiriendo interpretar la conquista como acto inexorable de la Providencia. Aunque Clavijero era criollo, apoyó la visión de Garcilaso de una patria mestiza católica, al expresar su pesar de que los conquistadores no se hubiesen casado con hijas de las "casas americanas" de la nobleza, allanando así el camino al surgimiento de "una sola nación individual".²⁶ El hecho de que un intelectual mexicano necesitara más de un siglo y medio para llegar a la etapa alcanzada por el mestizo peruano demuestra al mismo tiempo la decisiva originalidad de Garcilaso y la devastadora autoridad de Torquemada en México. Tan sólo gracias al escepticismo histórico promovido por la Ilustración, pudo liberarse el pasado mexicano de sus demonios agustinianos y apóstoles barrocos y egipcios. No se sabe si Clavijero leyó a Garcilaso con algún cuidado; pero es asombrosa su similitud de propósito y de situación.

III

En 1790, cuando la plaza principal de la ciudad de México fue allanada y pavimentada, se descubrieron dos monolitos prehispánicos cerca de la super-

²⁵ *Ibid.*, pp. 431-432.

²⁶ *Ibid.*, pp. 213.

ficie, arrojados allí por los conquistadores cuando limpiaron el cerco arruinado del gran templo. Una de las piedras era una monstruosa figura de la diosa Coatlicue, tallada con serpientes y calaveras, cuyo aspecto llenó de repugnancia y de horror a los espectadores. La otra piedra, un gran disco tallado con los glifos de una rueda calendárica, provocó entusiasmo y especulación. En deferencia a esta ambigua reacción, las autoridades hicieron que las dos piezas fuesen llevadas a la universidad, donde después las enterraron en un patio. Sin embargo, para entonces ya se habían hecho dibujos y mediciones precisas, que en 1792 fueron debidamente publicadas por Antonio de León y Gama (1735-1802) en la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*. En su aprobación, el censor criollo, profesor de teología escolástica, exclamó que aunque Raynal, Robertson, Buffon, Pauw y otros filósofos ilustrados "han llegado a colocar a la nación Indiana en la clase muy inmediata a los fieros y brutos más estúpidos... este solo rasgo de la cultura Indiana desvanece del todo errores tan groseros..." En menos de un siglo, la Piedra del Sol estaba destinada a llegar a ser el emblema de México.²⁷

León y Gama, sabio de la misma tradición que Sigüenza y que Peralta, era tan experto en matemáticas y astronomía como en náhuatl y en antigüedades y, como sus predecesores, había sido empleado por el gobierno virreinal para hacer observaciones astronómicas y topográficas, en este caso, a lo largo de las costas de California. Habiendo trabajado durante casi toda su vida como funcionario de la Audiencia, confesaba que "siempre he tenido una inclinación natural a conocer con certidumbre las antigüedades de mi país".²⁸ Gracias a su interés previo pudo aprovechar la oportunidad que le ofreció el descubrimiento de las piedras para publicar su primera interpretación sistemática del calendario mexicano. Se trataba de una tarea formidable y complicada, pues los aztecas habían empleado dos sistemas paralelos: un año solar dividido en 18 meses de 20 días cada uno, y un año ritual de 20 semanas de 13 días cada una. El año solar era completado por un "espacio muerto" de cinco días. Los glifos que denotaban estas divisiones estaban escritos en ruedas calendáricas que también marcaban el paso del tiempo, divididas en indicciones de 13 años y ciclos de 52 años. Era tal la precisión de este sistema que era ligeramente superior al calendario gregoriano, aún en uso y decididamente superior al calendario juliano observado por Europa en la época de la conquista. Según León y Gama, el desciframiento del calendario azteca fue importantísimo, pues allanó el camino a una reconstrucción precisa de la cronología azteca remontándose desde la conquista hasta 1054, cuando los mexicas emprendieron el viaje desde su patria en Aztlán. En su exposición, rechazó "los pretendidos sistemas de Gemelli, Boturini, Veytia y Clavijero", con una confianza que se justificó, ya que en el siglo siguiente José Fernando Ramírez, experto intérprete de los códices, señaló la obra de León y Gama como "la primera y

²⁷ Antonio de León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*, facsimil de las ediciones de 1792 y 1832 (México, 1978), introducción sin paginación.

²⁸ AGI, México 1883, Gama a la Corona, 26 de septiembre de 1790.

única investigación rigurosamente arqueológica que puede reclamar México como de su propiedad.²⁹

El rasgo más notable de la investigación de León y Gama fue hasta qué punto se basó en los escritos de analistas indios del siglo XVI, autores como Cristóbal de Castilla, Hernando Alvarado Tezozómoc y Francisco San Antón Muñón Chimalpahín, todos los cuales escribieron en náhuatl. Tales obras no eran fáciles de comprender, y le costó, habría de confesar más tarde, unos 12 años de estudio, primero aprender el náhuatl clásico y después interpretar los códices anotados en náhuatl que luego podían leerse a la luz de información que sólo se encontraba en los analistas indios. Una vez hecho esto, pudo volver a Torquemada y a Acosta y revisar sus afirmaciones, compulsándolas con las fuentes en que se habían basado. En toda esta audaz empresa que en técnica de investigación superó, con mucho, todo lo que hubiese hecho Robertson, León y Gama trabajó por su cuenta, sostenido tan sólo por el interés de uno o dos de sus amigos. En efecto, él confirmó la afirmación de Clavijero de que México poseía fuentes indígenas las cuales contenían los materiales necesarios para una reconstrucción de su historia antigua, al menos con respecto a la cronología. Pero nada de esto habría sido ni remotamente posible si no hubiesen existido en México colecciones de manuscritos y de códices con los que pudo trabajar León y Gama. Si Fernando de Alva Ixtlilxóchitl no hubiese buscado tales fuentes, bien podrían haberse perdido para la posteridad. Como estaban las cosas, Sigüenza y Góngora heredó esta colección y la enriqueció, legando los materiales a los jesuitas, quienes a su vez permitieron a Boturini sacar copias de los originales. Fue el confiscado "museo" de Boturini el que consultó León y Gama, junto con los papeles de Veytia y documentos que había en poder de otras personas.³⁰ En suma, la *Descripción histórica y cronológica* constituyó una reivindicación triunfante de una tradición de estudio del pasado indio de México que había sido iniciado por los franciscanos, ayudados por sus colaboradores indios en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, continuada por analistas indios y mestizos de finales del siglo XVI, y luego transmitida por la línea de patriotas criollos que comenzó con Ixtlilxóchitl y Sigüenza y Góngora. Sin esa tradición, el descubrimiento de las piedras bien habría podido pasar inadvertido, o ser simplemente tratado como cuestión de curiosidad para anticuarios. Como salieron las cosas, la Piedra del Sol fue aclamada, con justa razón, como monumento público, perenne emblema de México, y como la prueba más concluyente de que los pueblos del Anáhuac habían creado en realidad una civilización.

²⁹ Gama, *Descripción*, pp. 15-30, 47, 60; José Fernando Ramírez, "Notas y esclarecimientos", en William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, ed. Juan A. Ortega y Medina (México, 1970), p. 658.

³⁰ Gama, *Descripción*, pp. 33-34, 48, 85-86; Parte II, pp. 3-4, 108.